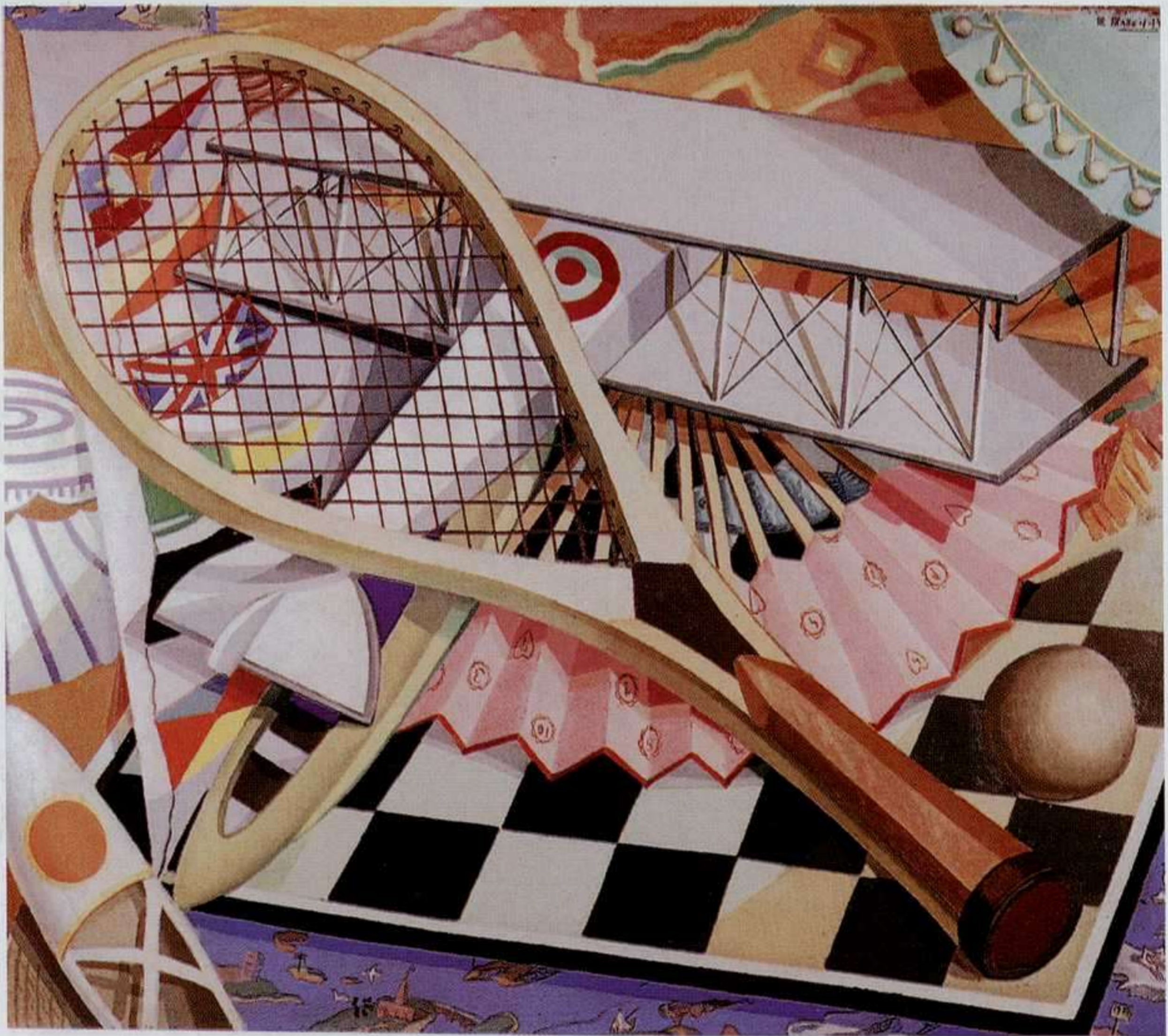
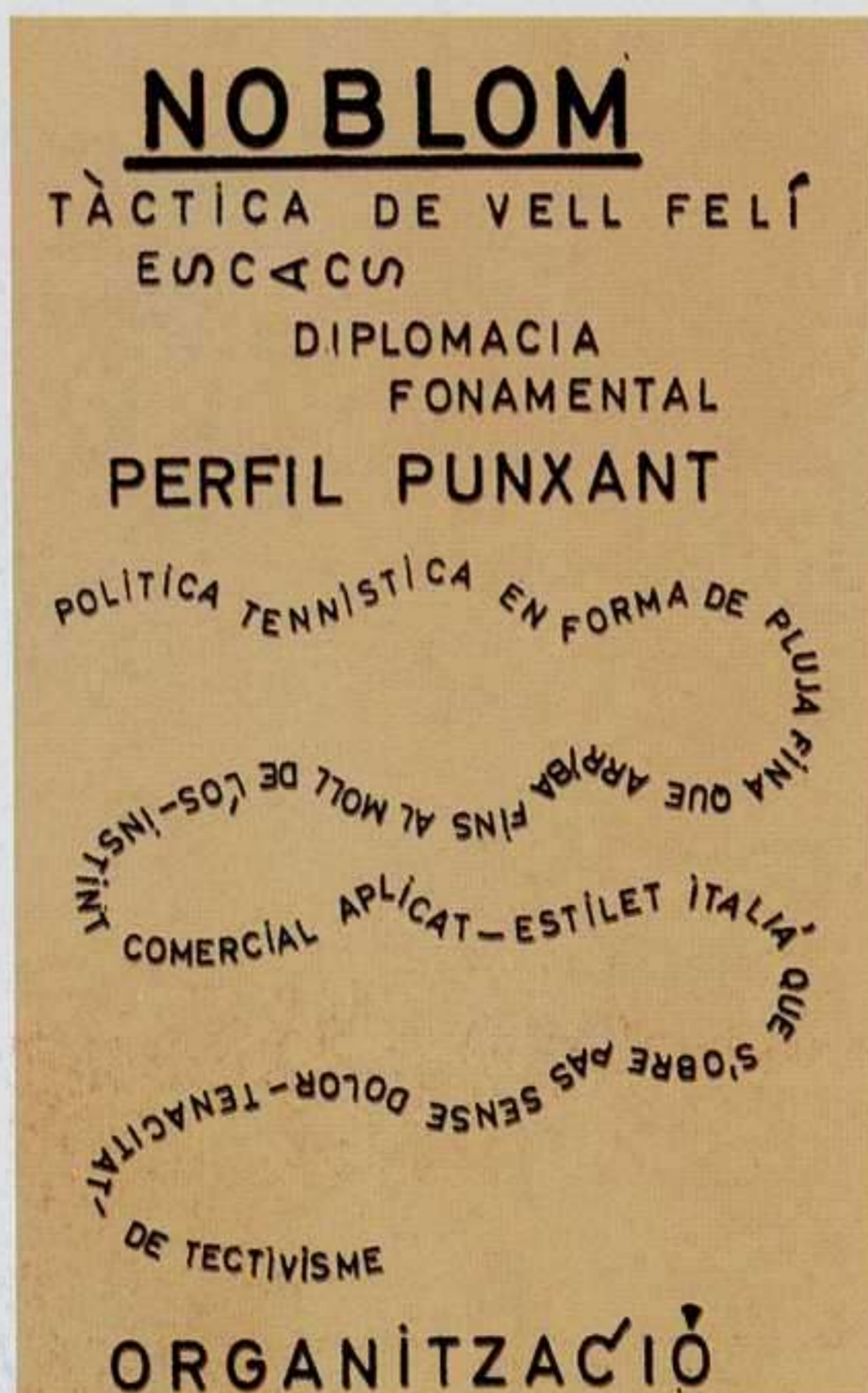


aire



Maruja Mallo *Elementos para el deporte* 1927



Carles Sindreu
Caligrama tenístico



Max Liebermann *Tenistas junto al mar* 1901

*[EN EL MOMENTO EN QUE EL TENISTA...]**

César Vallejo

En el momento en que el tenista lanza magistralmente
su bala, le posee una inocencia totalmente animal;
en el momento
en que el filósofo sorprende una nueva verdad,
es una bestia completa.
Anatole France afirmaba
que el sentimiento religioso
es la función de un órgano especial del cuerpo humano,
hasta ahora ignorado y se podría
decir también, entonces,
que, en el momento exacto en que un tal órgano
funciona plenamente,
tan puro de malicia está el creyente,
que se diría casi un vegetal.
¡Oh alma! ¡Oh pensamiento! ¡Oh Marx! ¡Oh Feüerbach!

De *Poemas en prosa. Poemas humanos.*



Anton Raderscheidt *La Tenista* 1926



Carlo Carrà *La hija del oeste* 1919

JUGADORA DE TENNIS

Antonio Collantes de Terán

Reclamo de perdiz: destello y giro.
 Trayectoria eficaz en línea recta;
 recta sin claudicar, limpia y perfecta.
 Tiro de ala y en el ala el tiro.

Ala: cristal del viento; en el retiro
 del aire transparente se proyecta
 su total emoción pura y selecta.
 ¡Brazo: rama del pecho del suspiro!

Estático estadio de cinética,
 que el segundero del reloj remacha,
 consecutivas esculturas posa.

Ilusión realizada de una estética
 de perfiles precisos y sin tacha
 que desprecia el relieve de la rosa.

De *Mediodía. Revista de Sevilla*, 1928

LAWN-TENNIS

Enrique Díez-Canedo

Recogiendo memorias que se esfuman,
hoy evoco de nuevo aquel estío
que nos unió. Vuelve al recuerdo mío
tu juvenil prestancia de sportswoman.

Yo fui tu enamorado y tu poeta,
en versos y en amores principiante,
y espiaba, encantado, tu semblante,
más que el diestro jugar de tu raqueta.

Veo tu rostro en púrpura encendido
y aquel tu gesto breve y decidido
para echarte los rizos a la espalda,
y el anhelar del pecho adolescente,
y la estirada media, fugazmente
vista al volar de tu cumplida falda...

De *La vista del sol*, 1907

CAMPO DE TENIS

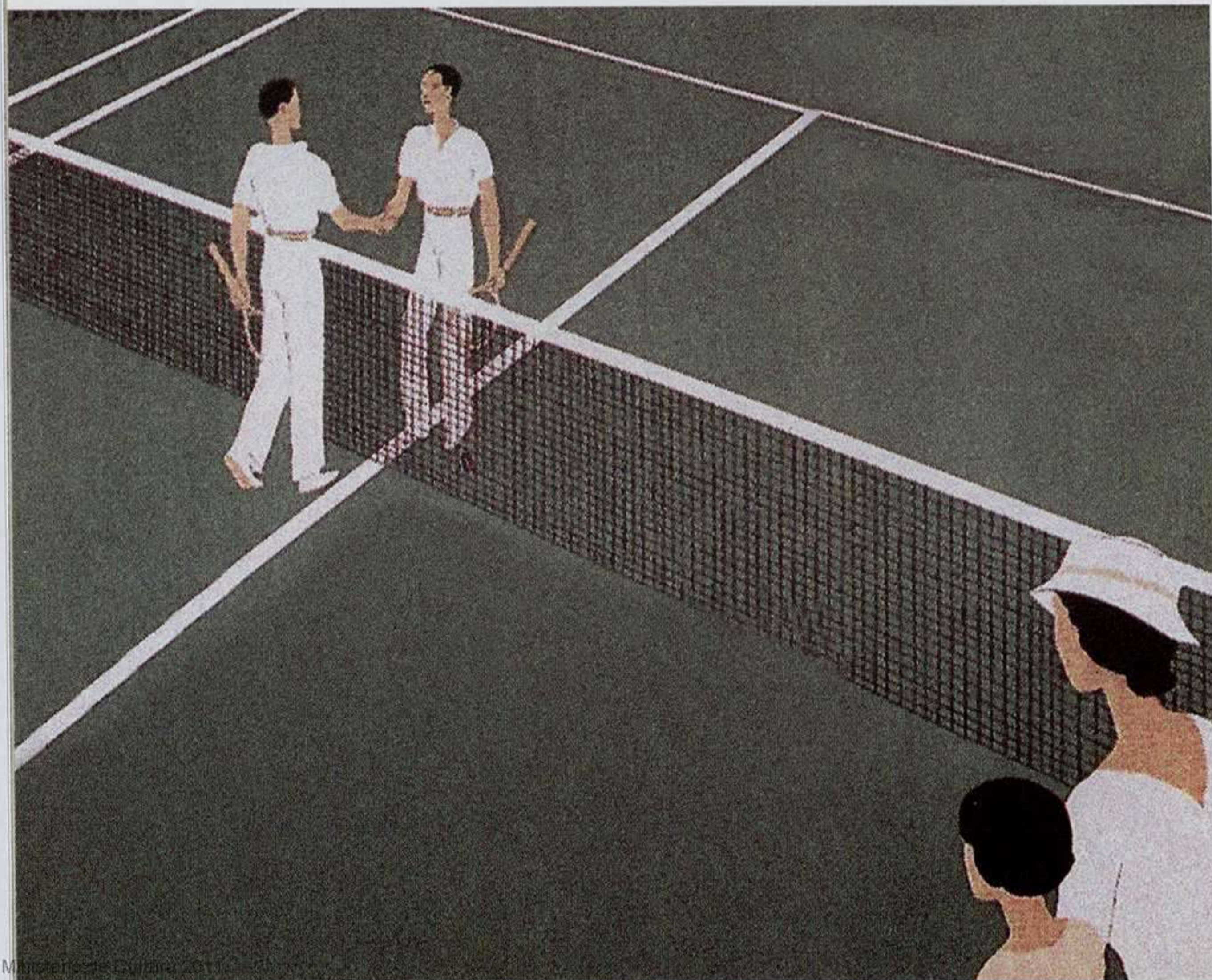
Fernando Allué y Morer

¡Oh, gozo cotidiano!
Oficina de amor que —deportiva
me dibujaba un campo hecho a mitades
por una red y por colinas verdes
en el erguido Mayo de los árboles.

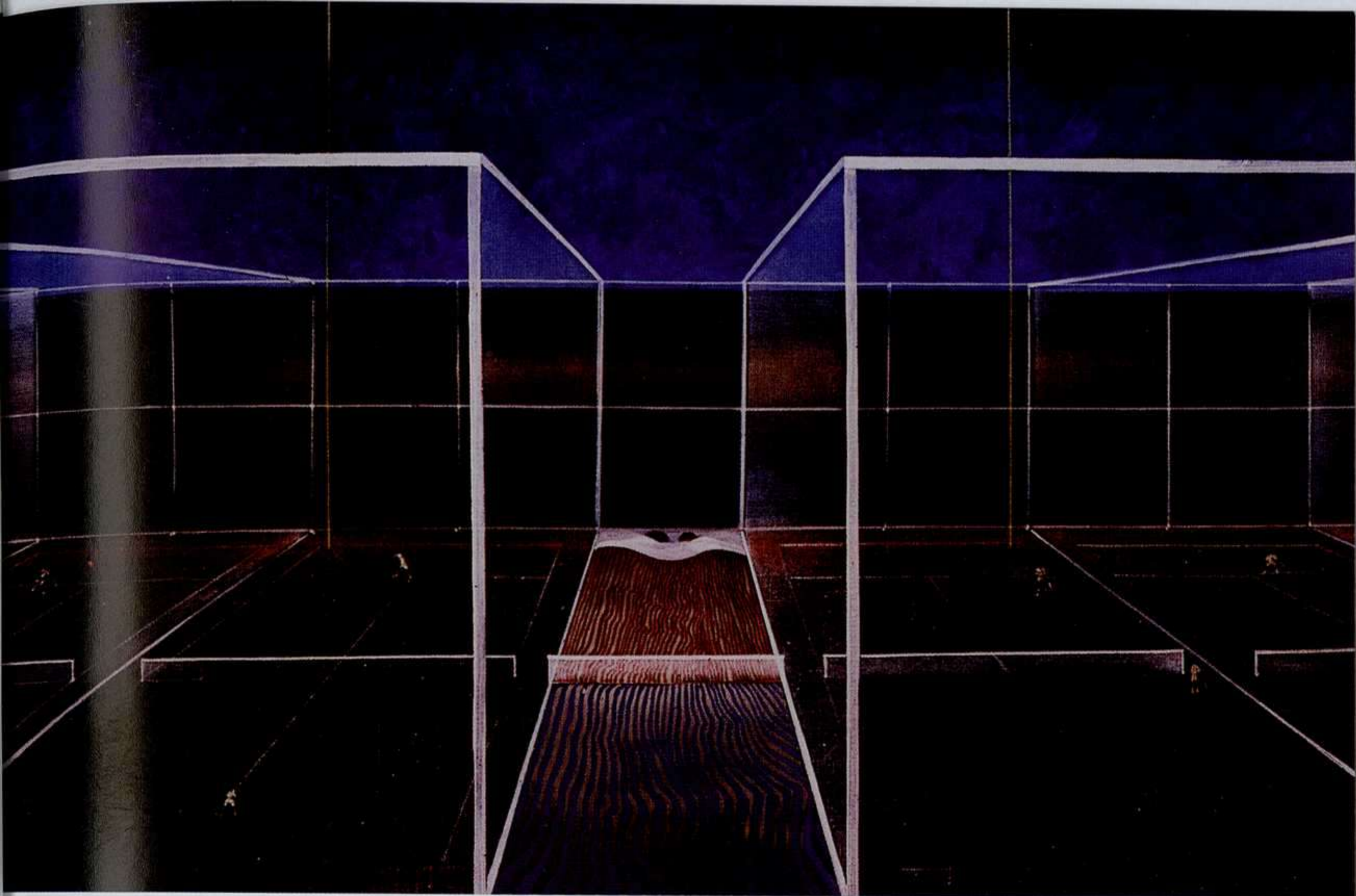
Geometría de cal sobre la arena
sembraba exactitudes en la tarde.
Y, al redimir la luz, en inflamados
espacios, se incendiaba
un clamor de horizontes y celajes.

Una sangre feliz
peloteaba besos en el aire.

De *Ciudad de Oro*, Málaga 1966



André Edouard Marty
1933



Nemesio Antúnez *Semifinales* 1979

TENNIS

Luis Amado Blanco

Celosía de sport. Hamaca fuerte
para vuelos esféricos,
mientras espectadores de verano
se tomaban invierno.

Unos sueños con pasta y automóvil
—automóvil de puro caramelo
y la pelota sin coger la mano
ni conocer su dueño.

¿Tú no sabías? La casona, turbia,
se moría sin dueño
y le parpadeaban las ventanas
enrejadas de miedo.

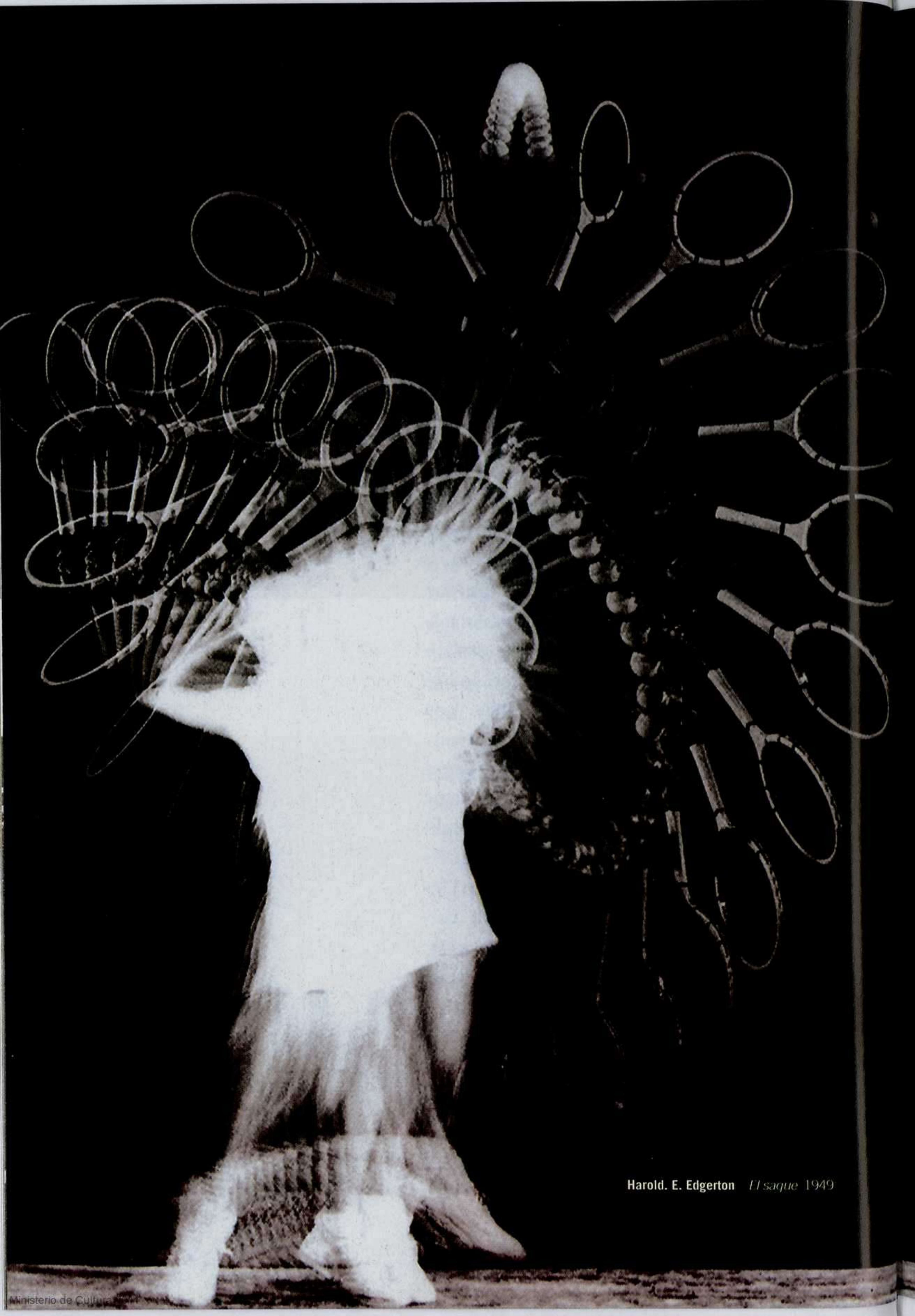
Asfixia en la campana
sin bautizo ni entierro.

La luz jugaba al aro, al escondite,
a los civiles y los bandoleros.

Y sin embargo... Y sin embargo...
en el campo de hielo,
anunciada con voz americana,
pesca de peces muertos.

¡Ah! ¿Sí? ¡Imposible!
Ovioide del bostezo.

De *Héroe* (Poesía) 1933



Harold. E. Edgerton *El saque* 1949

LA MODERNIDAD ADOSÓ UN SQUASH

Manuel Vázquez Montalbán

al viejo panteón de Trotski
su matadero
es ahora un museo esquina Viena

Morelos
Coyoacán México Distrito Federal

de espaldas a la Historia
los jugadores de squash pelean
contra la edad y los excesos
de grasa en la sangre y en los ojos

ajenos

la pelota pájaro loco en su jaula
de paredes crueles no tiene escapatoria
furia de verdugos que pretenden

envejecer con dignidad

la dignidad de Trotski la puso el asesino
borrón y cuenta nueva de un hijo de sierva
contra el señorito hegeliano pintor
de ejércitos rojos por más señas

salta la pelota hasta reventar
entonces el músculo duerme la ambición descansa
los jugadores beben ambrosías de coca cola
y seven up

cerca
las cenizas de Trotski y Natalla Sedova
entre arrayanes mirtáceos y flores carnales

de un jardín de aroma insuficiente
se suman en el doble fracaso del amor
y la Historia

los jugadores de squash vuelven a su casa
hacen el amor mienten a sus espejos
la esperanza de un pantalón más estrecho
escaparates del Barrio Rosa

unisex y sin edad

De *Pero el viajero que huye*, Madrid 1991

CAMPO DE GOLF

Álvaro García

Salvo días ingravidos, ajenos,
varios años gastados conforman una vida.
Fueron tardes sin peso las de ir a mirar
un campo, bordeado por un río
como una alfombra cara a lo largo de un tiempo
de ancianos extranjeros y aire indemne.
Muchas bolas de golf iban al río.
Hablar de horas felices y horas tristes
es fácil ajedrez de la memoria;
no sé si fui feliz. Hay aprensiones,
panoramas mediocres que recuerdo
como una sombra larga y apacible
de los días mejores del pasado.

De *La noche junto al álbum*, 1989



Michael Sowa *La sospecha* 1989



Andrew Johnson 1930

GOLF

Enrique Juncosa

A Fernando Rivas

Más suave que el roce de una pluma,
si de ella el golpe propulsor de bola,
que certera al hoyo a pesar de bruma,
grácil gimnasta de visión estola.

Dinámico y pulcro balanceo en suma,
elegante movimiento y cabriola
que el azar quebró, puso en boca espuma,
cuando dejó tela la nalga sola.

Violenta visión de la piel sin bragas,
fin fue del pantalón la inclinación,
y negligente veto excusas vanas.

Carente de objeto todo lo que hagas,
tu excelsa falta creó la repulsión:
¡Halt!, a jugar me niego con marranas.

De *Amanecer zulú*, 1986



René Magritte *El jugador secreto* 1927

instrucciones para el juego de pelota miguel ángel fernández

Salgo al campo de esplendorosa hierba verde esmeralda y me dirijo ligero al extremo del área de arena dorada, con forma romboidal de diamante, que es la casa del bateador; escucho lejano un rugido mezcla de exaltación y desprecio que sale de la garganta de los 40.000 espectadores. Ante mí el *pitcher*, tras de mí el *catcher*, el resto de los nueve jugadores del equipo oponente se reparten por el campo: uno junto a la primera base, otro junto a la segunda, un tercero junto a la tercera, uno más hacia el centro del lado izquierdo, y los tres restantes en los extremos izquierdo, central y derecho del inmenso campo de césped. Cojo el bate con firmeza y suavidad a la vez, miro al arbitro, junto a mí, de reojo también miro al *catcher*

que, con su armadura, se pone en cuclillas, finalmente al *pitcher* que sujeta con firmeza y suavidad a la vez la pelota entre sus dedos: nos miramos a los ojos e intenta, por todos los medios, hacerme perder la calma, impedirme que entre en ese estado de flujo en el que, en todo el mundo, sólo existe esa pequeña pelota en el extremo de su brazo giratorio; la arroja con una velocidad endiablada, calculo que a unos 140 kilómetros por hora, y una trayectoria equívoca; sólo veo esa pelota hacia la que ahora se dirige la zona clave de mi bate con una precisión implacable, aprovechando su fuerza la golpeo como si quisiera ponerla en la órbita de Saturno y, sin perderla de vista con el rabillo del ojo un solo momento, salgo corriendo como alma que lleva el diablo cuando percibo que la pelota ha rebasado los límites del campo y se dirige hacia un grupo de espectadores en el lado izquierdo que ya se están preparando para disputarse recogerla; disminuyo la carrera a un alegre trotecillo con el que recorro la primera, la segunda, la tercera bases entre las aclamaciones del público, hasta que llego de vuelta a casa, seguro, confiado, victorioso.

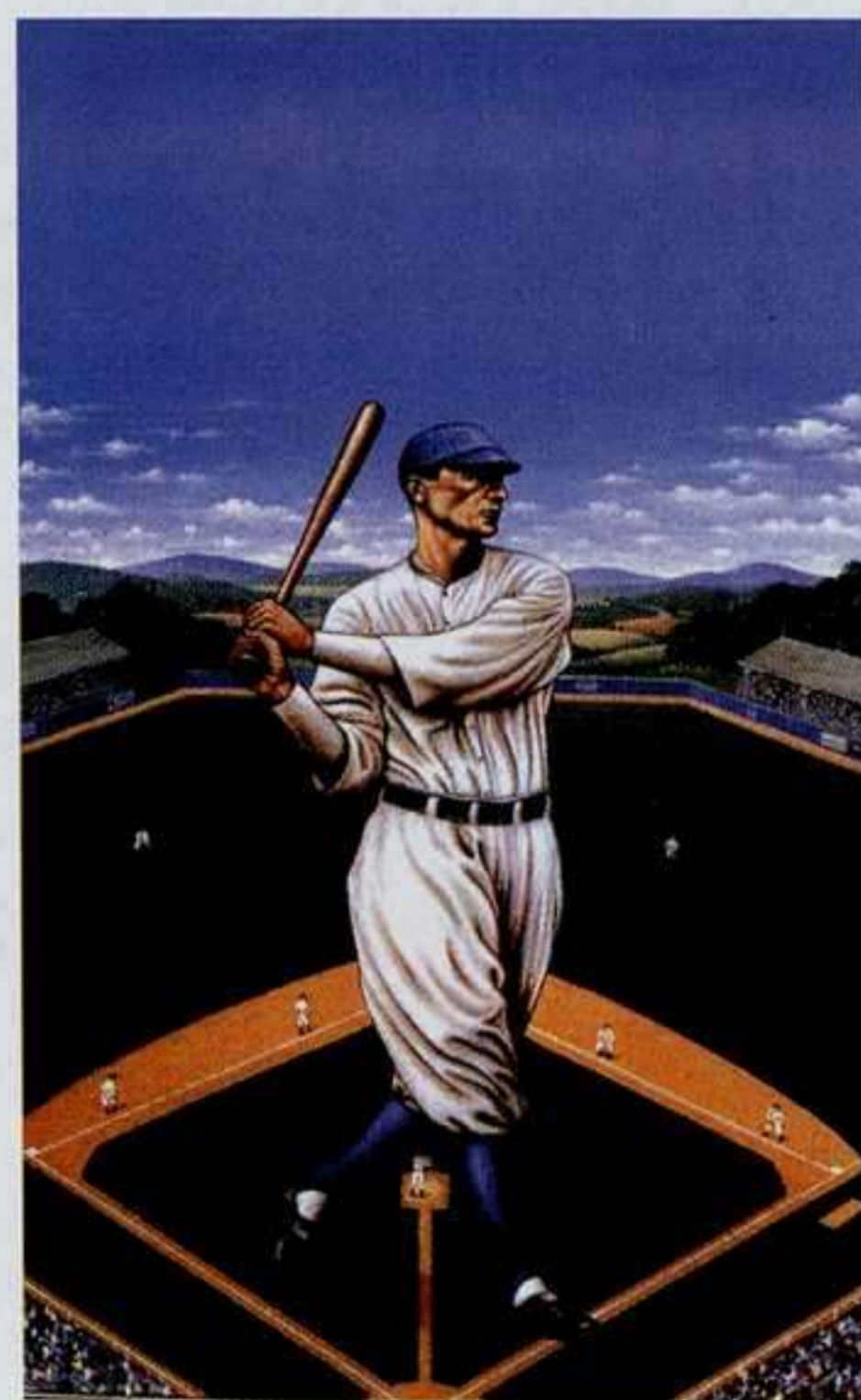
La segunda pelota me la arroja el *pitcher* a un punto imposible dentro del área de contacto de mi bate, yerro el golpe y el bate parece querer arrastrarme fuera del campo y de la vergüenza. El *catcher* recoge la pelota con su enorme guante de piel. Pierdo esta oportunidad mientras el público chifla y se lamenta aleatoriamente.

Golpeo acertadamente la tercera pelota pero no con la fuerza suficiente, corro mientras observo cómo ésta se dirige hacia el jugador que se encuentra en el extremo izquierdo del campo presto a recogerla con su guante; he llegado a la primera base cuando el jugador que la ha recibido se dispone a lanzarla a su compañero junto a la segunda base, me arriesgo y corro como una flecha, sin perder nunca de vista la pelota que ya se dirige hacia mi oponente, me arrojo con los pies por delante y, entre una polvareda dorada, toco la segunda base. El público ruge de satisfacción y decepción. Allí espero mi turno, cuando un nuevo bateador de mi equipo me dé la oportunidad de tocar la tercera base y llegar, por fin, de vuelta a casa.

Recuerdo que de niño jugaba con mi padre, durante largas horas los fines de semana y en las vacaciones, a arrojar y recoger la pelota sucesivamente. Aprendí a nun-



Edward Penfield 1902



Mark Hess 2002

ca perder de vista ese pequeño objeto redondo cuando me sumergía en la confianza que transmitían los luminosos ojos de papá en la quietud del jardín o del campo abierto en el que el único límite era el cielo.

Y cuando me llevó al primer juego de pelota: la inmensidad del campo y la agitada muchedumbre en las que me sumergía conducido por la firmeza de su mano y las roncas explicaciones de su voz. Cómo me fue desvelando los arcanos de las puntuaciones y la admiración por los héroes, que siempre arriesgaban un poco más...

Todavía hoy se me empañan los ojos en el séptimo turno cuando todo el campo en pie entona la canción:

Llévame al juego de pelota,
Llévame con la gente.
Cómprame unos cacahuetses y Cracker Jack;
No me importa si no vuelvo.
Vamos a corear, corear, a los Yankees,
Si no ganan es una pena.
Porque son uno, dos, tres golpes y estás fuera
En el viejo juego de pelota.

Cuando el mundo, sobre un fondo áureo, aún tenía la forma romboidal de un gran diamante tallado con exquisita precisión en la esquina de un deslumbrante campo de esmeraldas. Y me pregunto qué vería Norma Jean en Arthur Miller que no viera en Joe DiMaggio. En el béisbol, como en la vida, todo sucede en un instante.